



ALAP 2020

IX Congreso de la Asociación
Latinoamericana de Población



9 a 11 diciembre

EL ROL DE LOS ESTUDIOS DE POBLACIÓN TRAS LA PANDEMIA DE COVID-19 Y
EL DESAFÍO DE LA IGUALDAD EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Sagrario Garay
Universidad Autónoma de Nuevo León
sgarayv@gmail.com

Concepción Arroyo
Universidad Juárez del Estado de Durango
aguacaflores@gmail.com

Vanessa De los Santos
Universidad Juárez del Estado de Durango
perla_dls@hotmail.com

Las experiencias de soledad en las personas mayores en hogares unipersonales en México

(versión preliminar, favor de no citar)

Las experiencias de soledad en las personas mayores en hogares unipersonales en México

Introducción

Los sentimientos de soledad pueden ser experimentados por todas las personas durante su curso de vida. Sin embargo, es posible que en la vejez existan transiciones que agudicen o propicien esta experiencia, entre los cuales pueden estar: la viudez, la disminución de miembros en las redes de apoyo, el retiro laboral, el deterioro de la salud, el cambio de residencia, entre otros (Pinazo y Bellegarde, 2018). A su vez, en estudios realizados con personas mayores, se identifica que la soledad tiene relación con características personales como el estado civil y la edad avanzada, pero también con el estado de salud físico y emocional (Sequeira, 2011; Hacihasanoğlu, Yildirim, y Karakurt, 2012). Por otra parte, aspectos sociales como las condiciones económicas, la escolaridad, el ejercicio de ciertos roles sociales, como el ser jubilado, la existencia o no de una red social, la presencia o no de apoyo familiar, las actividades de recreación y ocupación del tiempo libre, entre otros, son factores que pueden relacionarse con los sentimientos de soledad en la vejez (Sequeira, 2011).

La soledad puede ser emocional o social, en el caso de la primera se relaciona con una percepción subjetiva sobre la falta de una figura de apego. En cambio, la soledad social puede asociarse con la pérdida de roles sociales, sobre todo en transiciones como la jubilación, la viudez, etc., es decir, cualquier situación que implique una pérdida de contacto con las personas con las que mantenía convivencia (Weiss, 1973). En cualquier caso, ambas están influidas por diversos factores como los señalados en diversos estudios. En esta ponencia nos centraremos en la soledad social, porque nos interesa analizar los roles sociales, los cuales suelen transformarse en la vejez, es cierto que estos roles pueden cambiar en diferentes etapas de la vida, sin embargo, es en las edades avanzadas en donde pueden presentarse mayores modificaciones y con ello afectar los sentimientos de soledad (Pinazo y Bellegarde, 2018).

El vivir solo, no necesariamente implica experimentar soledad, algunos estudios señalan que esto podría ser un reflejo de mayor independencia y autonomía de las personas mayores (Ramos, 1994), pero también podría ser un indicador de aislamiento y pérdida (Martínez y Celrá, 2019). En México no era como común observar que las personas vivieran solas, pues en general cuando la pareja o uno de los cónyuges se quedaban solos, ya fuera por la salida de los hijos del hogar o por viudez o separación, lo más común era que alguien de la familia los acogía o bien algún familiar se iba a vivir al hogar de la persona mayor. No obstante, los recientes cambios en la estructura y dinámica de las familias originados por factores demográficos, sociales y culturales han generado que en buena medida la vida en soledad de hombres y mujeres mayores cada vez sea un fenómeno que se incrementa paulatinamente. Algunos datos muestran que una alta proporción de la población de 65 años y más residía, en el 2015, en hogares nucleares (42.6%), el 40.6% en hogares extensos y el 13.7% en hogares unipersonales (INEGI, 2015).

Objetivo

En esta ponencia se tiene como objetivo analizar, para una ciudad al norte de México, algunas de las características de las personas mayores que viven solas, así como los significados que le atribuyen.

Hogares y personas mayores en México

La configuración de arreglos de convivencia de las personas mayores en México muestra un predominio de los hogares nucleares y extensos. En el 2015, el 42.6% de las personas mayores vivían en hogares nucleares y el 40.6% en hogares extensos, tendencia que se ha mantenido de forma muy similar desde 1990. En cambio, los hogares unipersonales han mostrado un incremento importante, pasando de 10.0% en 1990 a 13.7% en el 2015 (Monteiro et al., 2018).

Adicionalmente, cuando se distingue entre grupos de edad de las personas mayores, es posible observar que las personas de 65 a 79 años viven en hogares nucleares, tanto con su pareja como con su pareja e hijos. Mientras que para las personas que tienen entre 80 y más años aumentan los hogares unipersonales y descienden los hogares nucleares. Este proceso puede deberse a por un lado la mortalidad, principalmente en el caso de los varones y a un proceso de nido vacío vinculado a las rutas de emancipación de los hijos de las familias. Por otro lado, aumentan los hogares extendidos lo que podría reflejar una estrategia de afrontamiento a distintos desafíos vinculados a esas familias (Tabla 1).

Tabla 1. Personas mayores en distintos hogares por grupo de edad, México, 2015

	65 a 79	80 o más
Unipersonal	12,5	17,9
Pareja sola	25,1	17,6
Nuclear con hijos/as	20,1	16,9
Extenso	39,7	44,1
Compuesto	0,7	1,0
Corresidente	2,0	2,6
Total	100	100

Fuente: INEGI, Encuesta Intercensal 2015.

Otra diferencia importante está en la distribución por sexo, en los hogares unipersonales existe una alta presencia de mujeres; mientras que un alto porcentaje de hombres viven en pareja (Tabla 2). A su vez, otra importante proporción de mujeres viven en hogares extensos, lo cual puede ser parte de una estrategia de las familias para recibir y otorgar apoyo, algunos estudios han mostrado la preferencia de los hijos/as por adherir a las mujeres mayores al núcleo familiar para el cuidado de los nietos/as y el apoyo en labores domésticas (Varley y Blasco, 2001).

Tabla 2. Distribución porcentual de las personas mayores por tipo de hogar y sexo

	Hombres	Mujeres
Unipersonal	11,6	15,6
Pareja sola	27,9	18,8
Nuclear con hijos/as	21,0	18,1
Extenso	36,7	44,2
Corresidentes	0,8	0,8
Total	100.0	100.0

Fuente: INEGI, Encuesta Intercensal 2015.

Materiales y método

El análisis contemplará dos tipos de aproximaciones al tema, por un lado, se utilizará una encuesta aplicada en México a personas que viven solas. A partir de esta se tendrá un panorama general sobre la presencia de soledad entre las personas mayores y algunas de sus características. La encuesta aplicada tuvo un muestreo no probabilístico, en el cual se seleccionaron a 384 personas mayores que viven solas en la ciudad de Durango, ubicada en el norte de México. Los sujetos de estudio fueron las personas mayores de 65 años que viven solas, es decir, que residen en hogares unipersonales. Como aproximación a la medición del concepto de soledad se utilizó la escala de soledad social ESTE II (Rubio et al., 2009), la cual está compuesta por 15 ítems con tres alternativas de respuesta: siempre, a veces, nunca. Estos ítems se dividen en tres factores que estructuran la escala: percepción de apoyo social; uso de las nuevas tecnologías; e índice de participación social. La variable soledad se construyó a partir de los puntajes obtenidos en cada factor, diferenciándola en tres niveles: baja (0 a 10 puntos); media (11 a 20 puntos); y alta (21 a 30 puntos).

Por otro lado, desde una mirada cualitativa, se analizan los relatos recogidos de entrevista en profundidad realizadas a personas mayores que vivían solas, mismas que fueron ubicados a partir de la aplicación de la encuesta antes mencionada. Con ello, buscamos adentrarnos a los significados y percepciones que las personas mayores en torno a los sentimientos de soledad. Las entrevistas se realizaron en la ciudad de Durango, teniéndose un total de 15 casos, de los cuales 4 fueron hombres y 11 mujeres, estas últimas predominaban por su condición de viudez. Los participantes para las entrevistas tienen un perfil heterogéneo en cuanto a sus características sociodemográficas; también difieren en la forma de experimentar la soledad, además de que el tiempo que tienen de vivir solos también es variable, lo cual hace a cada caso muy particular y con características propias de acuerdo a su historia y a su contexto. En la siguiente tabla se muestran las características de las personas mayores entrevistadas.

Tabla 3. Principales características sociodemográficas de las personas mayores entrevistadas

Caso	Nombre	Edad y sexo	Estado civil	Escolaridad	Tiempo de vivir solo/a
1	Simón	79 (M)	Viudo	Primaria	5 años
2	Martha	83 (F)	Viuda	Primaria	28 años
3	José	65 (M)	Soltero	Primaria	7 años
4	Cristina	66 (F)	Separada	Secundaria	15 años
5	Ma. Elena	86 (F)	Viuda	Primaria	13 años
6	Justina	66 (F)	Madre soltera	Primaria	7 años
7	María	73 (F)	Viuda	Primaria	10 años
8	Guadalupe	70 (F)	Viuda	Técnica	2 años
9	Antonio	88 (M)	Viudo	Primaria	14 años
10	Silvia	69 (F)	Madre soltera	Secundaria	13 años
11	Antonia	73 (F)	Viuda	Primaria	20
12	Emilia	76 (F)	Viuda	Estudios universitarios	13 años
13	Hugo	65 (M)	Divorciado	Estudios universitarios	21 años
14	Lucita	66 (F)	Viuda	Secundaria	11 años
15	Gustavo	71 (F)	Viudo	Primaria	4 años

Fuente: elaboración propia a partir de las entrevistas realizadas.

Resultados

Características, percepción de apoyo y participación social de las personas mayores que experimentan soledad

Entre las personas con alto nivel de soledad se observa que un porcentaje mayor de hombres presenta esta condición, lo cual coincide con investigaciones que señalan que los hombres suelen sentirse más solos (Jong Gierveld y van Tilburg, 2010 en Pinazo y Bellegarde, 2018; López y Díaz, 2018). Destaca que una alta proporción de quienes experimentan baja soledad mencionen que no es la primera vez que viven solos/as, aspecto que podría ayudar a aliviar los sentimientos de soledad, pues de acuerdo a algunos estudios las personas que llevan más tiempo viviendo solas o que experimentaron la viudez en edades más tempranas, contribuyen a sentirse menos solos/as (López y Díaz, 2018) (Tabla 4).

Por su parte, la mayoría de las personas coinciden en que vivir solo/a no necesariamente implica sentirse solo/a; no obstante, todas presentan algún sentimiento de soledad. En relación con la percepción de su salud, diversas investigaciones han indicado que la soledad está estrechamente relacionada con la salud, incluso se plantea que no existe una clara causalidad entre ambas, pues quienes presentan soledad suelen tener una percepción de salud deteriorada, y viceversa (Rueda, s/f; Martínez y Celadrón, 2019). En la población considerada, encontramos que quienes presentan soledad alta se encuentra un alto porcentaje con malas condiciones de salud (Tabla 4).

Tabla 4. Algunas características de las personas mayores que experimentan soledad en Durango, México, 2017

	Soledad baja	Soledad media	Soledad alta
Sexo			
Mujeres	50.0	65.3	46.7
Hombres	50.0	34.7	53.3
¿Es la primera vez que vive solo/a?			
Sí	56.2	77.1	76.7
No	43.8	22.9	23.3
¿Vivir solo/a se relaciona con sentirse solo/a?			
Sí	40.6	41.0	30.0
No	59.4	59.0	70.0
Percepción de su salud			
Excelente/muy buena	34.4	17.4	16.7
Buena	25.0	35.8	20.0
Regular/mala	40.6	46.9	63.3

Fuente: elaboración propia con datos recabados.

La experiencia de la soledad que viven las personas mayores, particularmente en quienes presentan altos niveles de soledad, muestra que suelen sentirse tristes y solos/as, especialmente en la noche. Lo anterior podría ser una expresión de la insatisfacción con sus relaciones sociales más que con la falta de una red de apoyo, ya que, excepto por quienes tienen soledad baja, el resto mostró contar con alguien a quien contarle sus problemas cotidianos. Sin embargo, sus relaciones no se muestran del todo satisfactorias, debido a que una alta proporción reportó sentir que no les hacen caso (Tabla 5). Algunos autores indican que la experiencia de soledad puede derivarse de una discrepancia entre la expectativa de las relaciones sociales deseadas y las reales (Peplau y Perlman, 1982 citado en Pinazo y Bellegarde, 2018).

Tabla 5. Percepción de apoyo social de las personas mayores que experimentan soledad en Durango, México, 2017

	Soledad baja	Soledad media	Soledad alta
¿Se siente triste?			
Nunca	34.4	14.6	6.7
A veces	37.5	58.3	30.0
Siempre	28.1	27.1	63.3
¿Se siente solo/a?			
Nunca	37.5	21.9	3.3
A veces	37.5	35.1	30.0
Siempre	28.1	27.1	63.3
¿Y por las noches se siente solo/a?			
Nunca	43.8	27.4	10.0

A veces	31.2	27.1	23.3
Siempre	25.0	45.5	66.7
¿Tiene alguien con quien pueda hablar de sus problemas cotidianos?			
Nunca	68.8	50.3	23.3
A veces	28.1	38.2	43.3
Siempre	3.1	11.5	33.3
Siente que no le hacen caso			
Nunca	18.8	13.5	13.3
A veces	37.5	35.1	23.3
Siempre	43.8	51.4	63.3

Fuente: elaboración propia con datos recabados.

La participación social de las personas mayores puede tener efectos positivos en la forma en que se experimenta la vejez. Un estudio realizado en España mostró que las personas que realizan algún tipo de actividad social (participación en asociaciones de cualquier tipo) tienen una visión sobre mantener relaciones sociales fuera del entorno de la vivienda, que les permitan socializar y en ocasiones, superar situaciones de soledad (Rodríguez et al., 2018). Lo anterior pareciera ser una acción que están tomando las personas con soledad alta, dado que son quienes presentan altos porcentajes de participación en espacios y actividades fuera del ámbito doméstico (Tabla 6).

Tabla 6. Participación social de las personas mayores que experimentan soledad en Durango, México, 2017

	Soledad baja	Soledad media	Soledad alta
¿Va algún parque, asociación, casa de jubilados donde se relacione con otros mayores?			
Nunca	84.4	32.6	3.3
A veces	6.2	20.1	10.0
Siempre	9.4	47.2	86.7
¿Le gusta participar de las actividades de ocio/recreación que se organizan en su barrio?			
Nunca	81.2	24.7	6.7
A veces	12.5	25.3	6.7
Siempre	6.2	50.0	86.7

Fuente: elaboración propia con datos recabados.

Percepciones y significados de la soledad

Hay diferencias entre los conceptos de “sentirse solo” y “estar solo” (Rubio y Aleixandre 2001). Estar solo se perciben como la carencia de compañía, tanto de contactos sociales como de familiares, mientras que sentir la soledad es una sensación que la relacionan con la tristeza y la describen como un sentimiento interno y doloroso. Por otra parte, la psicología social explica que a las personas solas les cuesta mostrar su soledad y la esconden, sufriéndola en silencio porque temen ser estigmatizadas en una sociedad que valoriza el éxito social (Montero y López, 2001).

No se puede negar entonces, que la experiencia tiene significados diversos y contradictorios; cada persona la vive de acuerdo a su condición económica, a su estado de salud o su estado civil, o, dependiendo de si tiene o no vínculos cercanos y los apoyos sociales con que cuente.

Sentir la soledad trae consigo presencia de emociones positivas y negativas, tales como tranquilidad, paz, pero también sentimientos tales como la tristeza, el enojo, el orgullo, etc. Como se describe en los siguientes relatos expresados por hombres y mujeres.

Pues a veces si le llega a uno la depresión, la tristeza, no se crea que es una maravilla estar sola, pero yo la mato, vengo y prendo el radio y me aburro y voy y prendo la televisión, que me aburre voy y riego las plantas, en el patio tengo manzanos, tengo mandarinos, tengo duraznos, voy y les doy una regadita y ya bajo el tiempo y voy a la tienda a comprar el pan, el pan este (C.4, Cristina, 66 años, separada).

El relato, al igual que muchos otros que escuchamos con frecuencia, de las estrategias utilizadas por quienes viven esta experiencia. El relato nos remite al análisis que realiza Winnicott en su trabajo *La capacidad de estar solo* (1958), en el que estudia la habilidad de la persona madura para afrontar la soledad y utilizarla de modo creativo, viendo esta actitud como signo de madurez emocional como consecuencia de una vivencia experiencia infantil de estar solo aún en presencia de otra persona (Gil, 2007). Para las mujeres en este trabajo, la soledad es una experiencia difícil pero que se supera, tienen que combatir sus propias creencias, pues han sido educadas para entregarse, para ser el centro de las relaciones con los otros. A las mujeres les cuesta trabajo decir: “*no, no quiero*”, pues les han enseñado a hacerse indispensables para sentirse queridas, son a partir del otro, hay un vacío, una falta de identidad (Badinter y Roca, 2011).

“A veces pienso, que estarán haciendo mis hijos, qué estarán comiendo, a veces hasta se me atora el taco, cuando pienso no tienen pa’ comer, y luego me enojo conmigo y digo, ¡qué chingados tengo que pensar en cabrones que ni una vuelta vienen a darle al viejo” (C.11Antonio, 88 años, viudo).

En este último caso, se observan emociones encontradas hacia los descendientes, pues se percibe la añoranza y la preocupación por los hijos y, al mismo tiempo, el resentimiento y la frustración por la falta de contacto con ellos. El relato da cuenta de una preocupación por los hijos que no es recíproca, sin embargo, en el imaginario colectivo de muchos padres/madres predomina la idea de protegerlos, de ayudarlos; es decir, se extraña o echa de menos a las personas a las que se quiere aunque al mismo tiempo está presente la frustración y el

resentimiento porque al final, quedarse solo no es lo que los padres esperan. Ortega y Gasset mencionan que *la soledad es siempre soledad de alguien o de algo», es decir, que es quedarse solo y un «echar de menos»* ¿Qué echa de menos el hombre?: la compañía de los demás (Parra, 1995).

Al final del día, el hombre (y la mujer) crece y evoluciona en compañía, en contacto con lo humano, el otro (los otros) es el que da cuenta de nuestra existencia. En este sentido, Abbagnano, retomando a Heidegger plantea: “*la existencia del hombre en el mundo no consiste solamente en cuidarse de las cosas: consiste también en tener cuidado con los demás; y este cuidado constituye la forma fundamental y esencial de todas las posibles relaciones entre los hombres. La relación con los demás es esencial al ser mismo del hombre*” (Abbagnano, 1964 en Parra, 1995).

“*Pues mire mija uno se siente humillado, se siente despreciado, a uno lo ven como nada, todo el mundo quiere pisotear a uno, pero pues bueno ni modo.* (C.4, Cristina, 66 años, separada).

“*¡Nombre! Seguramente voy a buscar a mi hijo, si él que es el hijo no me procura yo menos lo voy a buscar*” (C.15, Gustavo, 71 años, viudo).

El estado de ánimo cobra importancia para experimentar soledad, además de los rasgos de personalidad y la actitud ante la vida. Por otra parte, los aspectos sociales también influyen en el sentimiento de soledad de las personas mayores. Por ejemplo, la condición económica, la escolaridad, el ejercicio de ciertos roles sociales, la existencia o no de una red social, la presencia o no de apoyo familiar, las actividades de recreación y ocupación del tiempo libre, entre otras (Sequeira, 2011). También hay presencia (menor) de sentimientos positivos, aquellos que impulsan a las personas hacia las metas, cosas o personas (amor, deseo, esperanza, etc.). Los adultos mayores, tienden a encontrar fe y esperanza en la espiritualidad o en la religión, creer en dios, siendo esto algo que les ayuda en el afrontamiento de la soledad.

“*...sí, de mucha paz, de tranquilidad, mucha paz, armonía, un paisaje de árboles, agua corriendo y es porque estoy a solas... sí, con la naturaleza y lo disfruto mucho porque ahí los animalitos del monte ya cuando es época de agua ahí va el agua a la corriente y que estoy así, es la imagen así de que estoy solo, aquí estoy yo como ser sólo... [...]*” (C.13, Héctor, 65 años, divorciado).

Por otra parte, vencer el temor que genera la soledad es también una alternativa que construyen para fortalecer su yo.

“*Mira te voy a decir una cosa, yo no tengo miedo de estar solo, yo en la noche cuando veo, ando en los cuartos y que oigo ruidos y voy hasta allá, voy tomo agua y me siento bien, llego de trabajar y le doy gracias a Dios, le digo, porque fui y vine con felicidad, porque muchos salen y ya no vuelven a su casa, no saben que les pase y digo, yo te doy gracias porque fui y vine, si no me diste nada ahora mañana me das, yo me pongo en tus manos y tú sabes lo que haces guíame, entonces yo no tengo miedo de estar solo, yo me siento a gusto porque puedo platicar aquí con él (con Dios)*” (C.15, Gustavo, 71 años, viudo).

Algunos estudios muestran que hay algunos “factores protectores” que permiten a las personas mayores enfrentar la soledad, como son tener una fuerza yoica y entereza personal, la adherencia a prácticas religiosas o espirituales, actividades sociales fuera del domicilio, actividades y entretenimientos dentro del hogar, la presencia de mascotas, contar con buenas relaciones vecinales, entre otras (López, 2004).

En el caso de la siguiente entrevistada, menciona no tener sentimiento de soledad, al contrario, encuentra un disfrute en la condición de soledad, lo asocia con tener tranquilidad:

“yo no he sentido yo mucha soledad porque casi siempre me ha gustado la soledad viera como me gusta me gusta me siento tranquila porque el ruido si me gusta aquí hay un salón de fiestas y no me molesta y aunque pasen por aquí toda la noche pasan y oigo que platican todo no me molesta, lo que me molesta es oír que lloran me siento muy tensa como aquí al otro lado que oigo que llora el niño en la noche y me molesta y digo por que estaré llorando [...] Pues como le digo yo ya estoy acostumbrada...” (C.6, Justina 66 años, madre soltera).

Reflexiones finales

La soledad social es un constructo teórico que elegimos medir a través de una escala que tiene tres factores, la percepción del apoyo social, el uso de nuevas tecnologías y la participación social. Los resultados presentan una paradoja interesante: en relación a la percepción de apoyo, destacar, como se mencionó en los resultados, que en las preguntas relacionadas con sentirse solos o tristes, hubo un predominio en ambas respuestas, sin embargo, también se declaró contar con alguien para contarse sus problemas cotidianos. Parte de estos resultados se podrían explicar por el tipo de relación que se tiene con los demás, es decir si es satisfactoria o no, o bien por las expectativas que se generan en torno a las relaciones sociales.

Por otro lado, en relación al significado que se le atribuye a la soledad, se encontró que esta trae consigo presencia de emociones positivas y negativas, tales como tranquilidad, paz, pero también sentimientos tales como la tristeza, el enojo, el orgullo, etc. Entre los relatos, se detectan algunos elementos que permiten a las personas sobrellevar la soledad, entre ellos: el estado de ánimo, los rasgos de personalidad y la actitud ante la vida. Por otra parte, los aspectos sociales también influyen en el sentimiento de soledad de las personas mayores. Por ejemplo, la condición económica, la escolaridad, el ejercicio de ciertos roles sociales, la existencia o no de una red social, la presencia o no de apoyo familiar, las actividades de recreación y ocupación del tiempo libre, entre otras (Sequeira, 2011). También hay presencia (menor) de sentimientos positivos, aquellos que impulsan a las personas hacia las metas, cosas o personas (amor, deseo, esperanza, etc.). Las personas mayores, tienden a encontrar fe y esperanza en la espiritualidad o en la religión, creer en dios, siendo esto algo que les ayuda en el afrontamiento de la soledad.

Las diversas expresiones de la soledad en las personas mayores, pueden estar asociadas con sus características individuales y sociales, convirtiéndose en un asunto poco visibilizado entre las familias con personas mayores y nulamente tratado en la agenda pública de los gobiernos. Por ello, se hace necesario contar con más y mejores estrategias de detección, prevención y atención por parte de las instancias comunitarias e institucionales. En estas

acciones también el trabajo para prevenir y reducir la soledad debería ser, por lo tanto, un fenómeno que debería ser prioritario en el sistema de salud y en la comunidad; sobre todo aquella soledad que afecta el bienestar subjetivo y la calidad de vida de quienes la experimentan. La importancia de los factores sociales para la soledad de las personas mayores, mostrada en numerosos estudios demanda esfuerzos para apoyar la integración social dándoles un sentido de pertenencia.

Bibliografía

- Badinter, E. y Roca, M. (2011). *La mujer y la madre: Un libro polémico sobre la maternidad como nueva forma de esclavitud*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Gil, G. (2007). Reseña: Hablar de la edad: Un manual de psicoterapia dinámica con adultos mayores. Autores: Sandra Evans & Jane Garner (eds). *Hove and New York, Brunner-Routledge*, 2005. Reseña publicada en Revista Internacional de Psicoanálisis en Internet. Disponible en www.aperturas.org-articulo
- Hacihasanoğlu, R., Yıldırım, A. y Karakurt, P. (2012). Loneliness in elderly individuals level of dependence in activities of daily living (ADL) and influential factors, Archives of Gerontology and Geriatrics, 54, 61-66.
- INEGI (2015). Conteo de Población y Vivienda 2015. México: INEGI.
- López, J. y Díaz, M. del P. (2018). El sentimiento de soledad en la vejez, *Revista Internacional de Sociología*, 76 (1).
- Martínez, R., y Celdrán, M. (2019). *La soledad no tiene edad. Explorando vivencias multigeneracionales*. Barcelona: Observatorio de la Soledad- amics de la gent gran
- Monteiro, L., María Carbajal, M., Garay, S., Montes de Oca, V., Arroyo, C. (2018). Arreglos familiares de las personas mayores en México y Uruguay: una mirada a los hogares unipersonales. Ponencia presentada en el Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población 2018, en Puebla, Pue.
- Montero, M. y Sánchez, J. (2001). La soledad como fenómeno psicológico: un análisis conceptual Salud Mental. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=58212404>
- Parra, C. (1995). Análisis existencial de la soledad humana. Revista Horizontes Educacionales. Disponible en: revistas.ubiobio.cl/RHE/article/download
- Pinazo, S. y Bellegarde, M.D. (2018). *La soledad de las personas mayores. Conceptualización, valoración e intervención*. Fundación Pilares: Madrid.
- Ramos, L. (1994), “Family support for the elderly in Latin America: the role of the multigenerational household” en United Nations, Ageing and the Family. Proceedings of the United Nations. International Conference of Aging Populations in the context of the Family,

Department for Economic and Social Information and Policy Analysis, Kitakyushu (Japón), 15 – 19 octubre 1990, New York, 1994, ST/ESA/SER.R/124.

Rodríguez, V., Rojo-Pérez, F., Fernández-Mayoralas, G. y Prieto-Flores, M.E. (2018). ¿Cómo interpretan el envejecimiento activo las personas mayores en España? Evidencias desde una perspectiva no profesional, *Aula Abierta*, 47 (1), 67-78.

Rubio, R. y Alexaindre, M. (2001). Un estudio sobre la soledad de las personas mayores: entre el estar solo y el sentirse solo. Revista Multidisciplinar en Gerontología, Vol.11, no. 1. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2834469>

Rueda, J.D. (s/f). La soledad en las personas mayores en España. Una realidad invisible. Fundación Caser.

Sequeira, D. (2011). La soledad en las personas mayores: factores protectores y de riesgo. Evidencias empíricas en Adultos Mayores chilenos (Tesis de Doctorado). Universidad de Granada. Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación. Doctorado en Gerontología. España.

Weiss, R. S. (1973). Loneliness: the experience of emotional and social isolation. Cambridge, MA: MIT Press. <https://psycnet.apa.org/record/1974-22306-000>